



El Ministerio del Interior se niega a admitir que desde sus servicios se viole la intimidad de los españoles. En la foto, Martín Villa.

Secráfonos: la trampa de las escuchas

MANUEL VAREA

UNA guerra de inexactitudes, de datos intencionadamente deformados y de versiones interesadas, coronaba la pasada semana el episodio de las escuchas telefónicas. El país ha sufrido y padecido una verdadera guerra de intoxicación lanzada desde determinados centros de poder.

El método empleado es simple, la intoxicación funciona cuando se logra que la opinión pública quede desarmada y sin capacidad de sustentar una tesis o explicación sobre un hecho determinado. En el caso de las escuchas se puede decir que se ha trabajado a fondo, porque basta con proponer al lector un "test" de una sola pregunta: ¿Tiene claro en qué situación está el asunto de las escuchas telefónicas?

El Ministerio del Interior se niega a admitir que desde sus servicios se viole la intimidad de los españoles; por otra parte se ha creado una comisión parlamentaria de investigación ante la aparición de las controvertidas pruebas documentales en un semanario. A

ello hay que sumar el galimatías técnico, con una aparatosa exhibición por TV el pasado domingo, tratando de precisar si son teléfonos o radiotelefonos de coche.

Al ritmo de la información que los medios de comunicación vomitan diariamente, el tema de las escuchas desaparecerá muy probablemente esta misma semana de la actualidad informativa. Quienes han movido los hilos de la operación sacarán su tajada política y volverán a congelar las escuchas hasta la proximidad de las elecciones municipales. Cuando las escuchas hayan perdido credibilidad y apenas levanten comentarios en pequeños recuadros de páginas interiores en los diarios, nos harán pasar a una nueva fase, más sofisticada: las "chinchas" o transmisores miniaturizados que serán instalados en cualquier lugar íntimo de la casa de un político; incluso estaremos a tono con los escándalos de las democracias burguesas que se precian. Porque hay que reconocer que en el capítulo de las escuchas estamos aún en una fase muy pedestre.

A modo de guía de caminantes, para estar un poco al tanto de la técnica y las posibilidades tecnológicas tratemos de descubrir las inexactitudes que sobre el tema han poblado días pasados algunos periódicos y revistas, así como de sintetizar de forma clara y terminante los métodos más usuales de la escucha telefónica.

En una información de "El País", miércoles 13 de septiembre, a propósito de los tres sistemas telefónicos diferentes de comunicación entre los ministros, el citado diario explicaba poco del primero y más importante sistema, amén de algunos términos inexactos. El primer sistema era denominado por "El País" multiplex, y consistía en teléfonos de sólo dos cifras que comunican al titular de cada Ministerio con el resto de los ministros, presidente del Gobierno... Pasando por alto que denominar a dicho sistema por el nombre de multiplex es decir poca cosa, habría que precisar y explicar en torno al mismo lo siguiente: efectivamente existe una red denominada de altas je-

rarquías que aparte de los miembros del Gobierno comprende al presidente, al jefe del Alto Estado Mayor, director general de Seguridad, Guardia Civil, presidente de las Cortes y a la cabeza de la red el Rey. La red está dotada de secráfonos (ver TRIUNFO número 816, "Everything under control") aparatos que se intercalan en cada teléfono y traducen a una clave preestablecida los impulsos eléctricos de una conversación telefónica. Los modernos secráfonos admiten miles e incluso millones de códigos en el cifrado telefónico.

Esta red está alimentada por una centralita automática y secreta sin posibilidad de acceso por parte de cualquier operador que únicamente puede detectar en un panel por medio de un cuadro de luces si la centralita funciona o tiene avería. Por su diseño, es absolutamente imposible que un operador pueda manipularla. Se construyen en Estados Unidos y República Federal Alemana por una empresa especializada para las altas autoridades de cualquier Estado. Las líneas son subterráneas y sus cables están recubiertos de una espesa capa de plomo para resistir los intentos de escucha aprovechándose de la inducción, método que es aplicable a líneas aéreas o subterráneas sin plomo.

Los trazados de estas líneas, así como la ubicación de la centralita con el cifrador central son, como será fácil deducir, secretos. En España este moderno sistema habría entrado en funcionamiento a la muerte de Franco, ya que como en su día se publicó, en vida del dictador el teléfono del entonces príncipe de España estaba intervenido.

Para escalones inferiores —ministro a subsecretario o director general, pongamos por caso— se usa un sistema normal de comunicaciones servido por líneas domésticas de la Compañía Telefónica. Estas líneas si pueden ser objeto de una escucha que por el sofisticado equipo electrónico que se ha de manejar para hacer rentable la misma escucha, sólo los servicios tienen acceso a estos aparatos. Esta forma de operar está lejos de los "amateurs", aunque no se puede excluir que alguna vez por casualidad pueda sonar la flauta.

Interceptar un radiotelefono es fácil, basta con tener un receptor de UHF (por ser estas las frecuencias en las que trabajan los RT) y un magnetofono. Sólo los coches de Policía están dotados de unos secráfonos relativamente poco avanzados que únicamente camuflan la voz. El resto de las comu-

nicaciones oficiales se establecen a voz abierta. Ahora bien, una cosa es cazar una serie de conversaciones dispares y otra muy distinta trazar el perfil de un determinado personaje político, y esto último es lo que hace rentable establecer la escucha en torno a una personalidad u hombre de a pie. Esta labor la lleva a cabo personal especializado de cada uno de los distintos servicios que pueblan el organigrama del Estado español. Y de ahí también, las luchas y rivalidades que enfrentan a unos servicios contra otros y a sus amos, representantes a la postre de los distintos grupos políticos y económicos.

Las comunicaciones telefónicas se dividen en dos grandes grupos de todos conocidos: urbanas (para una misma ciudad) e interurbanas. En las primeras se usan cables de varias decenas de hilos —cables multipares— que son fáciles de sangrar o intervenir en cualquier punto de su recorrido. La escucha es relativamente fácil.

En cuanto a las comunicaciones interurbanas la cosa se complica algo más según sea la modalidad usada: cable coaxial o radioondas (microondas). El primero es un cable especial que puede transportar simultáneamente varios cientos de comunicaciones. El tendido es subterráneo. La comunicación de microondas es la que más problemas técnicos ofrece,

puesto que la microonda circula por la atmósfera. El modo de operar en este caso es montar la unidad de escucha en las proximidades de un haz de microondas. El primer paso es captar con un receptor de UHF o frecuencias más altas las comunicaciones entre las que va la escogida, a continuación se han de separar las conversaciones que viajan juntas sobre la misma microonda, lo que se consigue mediante los demoduladores o selectores. Es decir, se opera con instalaciones similares a las estaciones terminales de la Telefónica. Este material de naturaleza "pirata" es comprado por los servicios a casas especializadas. Los precios son desorbitados al incorporar los últimos avances. En muchos casos una empresa export-import, tapadera de los mismos servicios, sirve para la transacción. El dinero para estas compras no se justifica ante la Tesorería del Estado al provenir de los fondos reservados que ni siquiera aparecen en los presupuestos generales que prepara Fernández Ordóñez desde Hacienda.

Tras este esquemático funcionamiento se comprenderá fácilmente el poder que puede llegar a adquirir esa maquinaria ahora denominada "Cuerpos de la Seguridad del Estado". A la muerte de Franco existían en España no menos de diecisiete servicios diferentes... ■



DROGAS

Una confusión interesada

LAS cinco muertes producidas los primeros días de septiembre en relación con el consumo o tráfico de heroína hicieron que, por primera vez, algunos periódicos dedicaran amplia información y editoriales al tema de la droga. Hasta ahora todo lo relacionado con el mundo de los estupefacientes y alucinógenos apenas había salido de las páginas de sucesos y de las notas policiales dando cuenta, con nombres y apellidos, de detenciones o redadas.

¿Qué ha pasado para que se haya producido este cambio informativo? El tema de la droga se ha tratado de forma manipuladora y alarmista sin que los medios de comunicación hayan participado en un amplio debate que se hace cada día más necesario. Sin embargo, en los dos últimos años el consumo de estupefacientes ha crecido en España de tal forma que el uso del hachís es práctica habitual en la mayoría de los jóvenes, al menos de las grandes ciudades. La costumbre de núcleos reducidos y hasta elitistas se ha extendido de forma insospechada y con ella la desinformación y la confusión.

No se puede hablar de droga sin más. No se puede unificar el hachís o la marihuana con la cocaína o la heroína. Y no se puede llamar drogadicto —con las connotaciones negativas y hasta peyorativas que la palabra tiene— a todo el que utiliza esos productos. Si el problema de las drogas se quiere abordar de forma positiva es necesario, en primer lugar, diferenciar entre los productos, diferenciar entre drogas blandas y drogas duras (hay muchos que a las primeras ni tan siquiera les llamarían drogas). No distinguir entre unos productos y otros sólo sirve para que el consumo de la coca y del caballo se extienda al amparo de una confusión que, muchas veces, es interesada. Se dice que el que empieza con el porro acaba pinchándose y eso no es cierto. Hay mucha gente que lleva años fumando todos —o casi todos— los días y jamás se ha pinchado ni tiene intención de hacerlo. Presentar el tema como una cuestión de peldaños (el primero el chocolate, el último el perico o el caballo) no sólo es falso, sino además peligroso. El efecto del hachís no es dramático, aunque haya quien no esté dispuesto a admitirlo. El efecto de la cocaína o de la heroína sí lo es, aunque también haya —esta vez en el bando contrario— quien no esté dispuesto a reconocerlo. Por lo tanto, el tratamiento nunca puede ser el mismo.

Hay una cultura de la droga que tiene sus paladines sobre todo en la música "rock". Esa cultura se extiende con el beneplácito del capital internacional y de las multinacionales que la encuentran muy rentable. Sin embargo, en muchos países, como España, la única alternativa a esa cultura de la droga es la represión policial. Es el enorme error. La acción policial —indiscriminada, confusa— sólo sirve muchas veces para dar a la droga una aureola de ilegalidad que —estamos en contra del sistema, tío— la hace más atractiva. La represión tiene como víctima casi siempre a los consumidores o pequeños traficantes que, si se dedican a ello, es porque los precios son cada vez más desorbitados y no hay forma —sin trabajo o con poco dinero— de poderse tomar un porro. Pero, ¿dónde están los grandes traficantes? ¿Con cuántas redes del hampa internacional se ha acabado? El traficante individual es el que corre los peligros porque ni tiene una mafia que le defienda, ni corrupciones que le amparen. Y además es un competidor.

Por encima de las redadas y detenciones obsesionadas por el porro, las drogas fuertes crecen con una inmunidad tal, que su lanzamiento en nuevos mercados responde a los mismos baremos que los de cualquier producto autorizado. Son cientos de millones los que están en juego. Y ¿quién tiene los millones?

Es un tópico ya —pero tópico cierto— comparar los efectos del hachís y de la marihuana a los del alcohol. No parece que sean peores. La diferencia está en que el alcohol es legal —occidentales somos— y los otros no. Estudiar con seriedad y sin alarmismos la posibilidad de legalización de estos dos productos se hace necesario. Con ello se desmitificarían, perderían su valor frente al sistema. Se acabaría también con el hampa —tan poco interesada en la legalización— y con sus normas abusivas. Pero independientemente de su legalización o no, es fundamental la información, el debate amplio y sin histerias, la llamada a la responsabilidad individual y sólo individual, sin padres, amigos o policías que te digan lo que es bueno para ti o es malo. Sería un primer paso si se quiere solucionar el problema de las drogas.

GONZALO GOICOECHEA